

7

## FORMACIÓN: EL ITINERARIO EVANGÉLICO DE LOS LASALIANOS HOY

*H. Michael Valenzuela*  
*LEAD*

El capítulo 6 de la Regla actual fundamenta su comprensión de la formación en la experiencia de fe de San Juan Bautista de La Salle que, respondiendo libremente a una sucesión de llamadas divinas, hizo de su vida un itinerario hacia la santidad. Intentando permanecer fiel a esta experiencia fundacional, este artículo propone un paradigma para la formación lasaliana basado en la comprensión de la formación como un itinerario de por vida y un diálogo continuo con Dios. El artículo estará dividido en tres partes. La primera parte explora la noción de vida como un itinerario formativo y lo que implica esa visión para la formación. La segunda parte identifica cinco dominios de una formación holística lasaliana. La conclusión considera cómo la experiencia de La Salle podría funcionar eficazmente como un paradigma para otros programas de formación lasaliana.

### ***7.1 El Itinerario Evangélico de los Lasalianos***

A partir de las obras de los Hermanos Michel Sauvage y Miguel Campos, se ha convertido en algo común interpretar los acontecimientos claves en la vida de San Juan Bautista de La Salle como movimientos de un "itinerario evangélico". En aquel momento, este enfoque proporcionaba una forma original de leer la vida del Fundador, que iba más allá de la hagiografía tradicional y de la narración desnuda de los hechos hasta proporcionar un relato históricamente fundamentado sobre cómo dichos acontecimientos moldeaban la perspectiva y la espiritualidad del Fundador. Leer a La Salle desde esta perspectiva sugiere que la vida misma es un proceso formativo y que la metáfora del "itinerario evangélico" puede ser una manera fructífera de entender el camino formativo de cada lasaliano. Esta visión se recoge en los párrafos iniciales del capítulo sobre la formación en la actual *Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*:

*Dejándose conducir por Dios “de compromiso en compromiso”, Juan Bautista de La Salle convirtió su vida, al ritmo de llamadas y rupturas, en un itinerario de constante crecimiento en la fe...*

*Toda vocación se inscribe en el misterio del encuentro personal con Dios, cuyas llamadas suscitan respuestas libres.*

*Por la fe, el Hermano reconoce que su existencia es un diálogo con Dios, que le permite crecer de continuo en la fidelidad.*

*Descubre, así, la presencia cotidiana del Dios vivo en su misión, su consagración y su comunidad. (R. 78-80)*

Al comenzar el capítulo sobre la formación de esta manera, los autores de estos artículos intentaron resumir sus reflexiones sobre la naturaleza del proceso formativo en la experiencia lasaliana. Los extractos citados sugieren que la formación fiel a la experiencia del Fundador no debe equipararse a un plan determinado ni a un programa de actividades preestablecido. No está limitado por un plazo fijo ni puede ser identificado estrechamente con actividades de carácter explícitamente religioso. Más bien, estos párrafos consideran la formación como un proceso que se desarrolla a lo largo de la vida y que abarca la totalidad de la vida. Recordando la experiencia del Fundador, sugieren que con atención e intención todas las experiencias de la propia vida, todo lo que uno hace y sufre, son oportunidades potenciales para cooperar con Dios en la formación progresiva de un yo más íntegro, más libre y más similar a Cristo.

*La formación como diálogo permanente con Dios.*

Para Juan Bautista de La Salle, el crecimiento en la fe y los niveles cada vez más profundos de conversión fueron fruto de respuestas a las invitaciones de Dios, invitaciones que le llegaron en forma de tareas cotidianas, necesidades insatisfechas, desafíos prácticos y aparentes fracasos. Esta opinión encuentra apoyo en el capítulo de la Regla sobre la vida espiritual que sostiene que: *“Ante los desafíos presentes en su ministerio y en su vida personal y comunitaria, el Hermano reconoce una invitación de Dios a profundizar su comunión con Él, con sus Hermanos y con aquellos que le son confiados... El espíritu de fe les enseña a acoger la invitación de Dios a amarlos y a servirlos en los otros y en todo lo que constituye su vida”*. (R. 63, 64). Estos preceptos invitan al lector a considerar el itinerario de su vida de una manera similar, como un diálogo continuo con Dios que nos dirige a través de las demandas y vicisitudes concretas de la vida cotidiana, invitando a dar respuestas libres que son en última instancia formativas de nuestra propia espiritualidad y carácter. A propósito de esta visión de la formación, Robert Mulholland en su libro *Invitation to a Journey* (1993) escribe:

*“... la formación espiritual es una realidad primordial de la existencia humana, cada uno está en un proceso de formación espiritual, cada pensamiento que tenemos, cada decisión que tomamos, cada acción que realizamos, cada emoción que permitimos que dé forma a nuestro comportamiento, cada respuesta que damos al mundo que nos rodea, cada relación que establecemos, cada reacción que tenemos hacia las cosas que nos rodean e inciden en nuestras vidas - todas estas cosas, poco a poco, nos están convirtiendo en un determinado tipo de ser. Estamos siendo moldeados en conformidad con la imagen de Cristo o en una caricatura horriblemente destructiva de esa imagen... Esta conformidad o destructividad condicionan radicalmente nuestra relación con Dios, con nosotros mismos y con los demás, así como nuestra participación en las estructuras y dinámicas deshumanizantes del quebrantado mundo que nos rodea. Nos convertimos en agentes de la gracia curativa y liberadora de Dios o portadores de enfermedad en el mundo”* (Mulholland, 1993, p.23).

El proceso de moldear el carácter y la espiritualidad a través de la decisión personal y la acción es algo fundamentalmente humano. El desarrollo espiritual, que puede o no tener lugar dentro de una tradición religiosa, puede definirse como "la capacidad de trascender el yo de tal manera que transforma las propias creencias, la identidad, los compromisos y los comportamientos" (Balswick, 2016, Página 309). Así, aunque se pueden hacer distinciones prácticas entre formación "profesional" y "espiritual", hay un sentido en el ethos lasaliano en el que lo espiritual y lo profesional nunca deben ser disociados. El lasaliano ve todo el trabajo como estar al servicio de Dios y / o como valores trascendentes. El propio La Salle recordó a sus seguidores que la santificación personal se produce en el proceso de cumplir con los

deberes de la profesión. Tal enfoque evita el dualismo que a menudo conduce a la marginación de las perspectivas y valores del evangelio en el lugar de trabajo.

Los actos humanos son los medios a través de los cuales las personas moldean su carácter y su espiritualidad. Siempre nos estamos dando forma a nosotros mismos para mejor o para peor a través de todo lo que hacemos y sufrimos, aunque a menudo con muy poca conciencia de lo que estamos haciendo de nosotros mismos a través de nuestras decisiones y acciones. La formación emprendida de una manera más programada e intencionada apunta a cultivar una capacidad más profunda para atender esta dinámica humana básica para que se puedan hacer opciones mejores y más responsables sobre el tipo de persona en la que uno se está convirtiendo.

### *Unión con Dios y Conformidad con Cristo para bien de la Misión*

La formación espiritual pretende cultivar la unión con Dios y la conformidad con Cristo por el bien de los demás. Hablar de unión es hablar tanto de la intimidad personal con Dios como de la identificación con las intenciones de Dios para el mundo. Hablar de la conformidad con Cristo es hablar de la transformación de la identidad, de las creencias, de los valores, y del carácter que resulta de esta unión íntima. En realidad, estos objetivos no están separados: la auténtica unión con Dios conduce a un modo de ser y de actuar como Cristo en el mundo. Hacer hincapié en que tal formación es "por el bien de los demás" hace eco al mandato del Fundador de no separar la obra de la santificación personal de los deberes del propio estado.

La formación desarrolla la capacidad de responder a las situaciones de una manera consistente con la "mente y el corazón de Cristo". Una lectura del *Método de Oración Interior* de La Salle muestra que su práctica preferida era la contemplación de Jesús en las Escrituras con el fin de entrar en su "espíritu" y adquirir sus virtudes. La semejanza de Cristo no puede, sin embargo, reducirse a la imitación de la conducta externa o a la mera adherencia a un conjunto de valores; en su sentido más pleno, es cuestión de cultivar aquella profunda intimidad con Dios que transforma la propia perspectiva y subordina todos los deseos y apegos al amor de Dios. La unión íntima con el Padre a través de Cristo y del Espíritu nos permite descubrir nuestra identidad como alguien que es amado incondicionalmente por Dios. Esto libera progresivamente del miedo y del egocentrismo, llevándonos a relacionarnos con los demás de una manera que refleja el amor que uno recibe de Dios. La intimidad con Dios transforma la voluntad del ego en la libertad de abandono expresada en las palabras de Jesús: "Hágase tu voluntad".

La misión – participación en la acción salvadora de Dios - es formativa incluso cuando la formación no es el objetivo inmediato de la propia actividad. El Espíritu de Dios actúa dentro de la subjetividad humana, llevando a las personas a niveles más profundos de maduración espiritual y de libertad, cuando buscan el cumplimiento de la voluntad de Dios. Como dice La Salle: "Dios los colmará de tantas gracias, que se santificarán ellos mismos en la medida en que contribuyan todo lo que puedan a la salvación de los demás." (M 205.2). Aquellos que responden a las situaciones de una manera semejante a Cristo, gracias a la cooperación humana con la gracia divina, crecen cada vez más en la imagen divina ejemplificada por Cristo. Este modo de comprender la formación requiere que uno esté atento a la situación concreta dentro de la cual se encuentra. Por lo general, los programas de formación lasaliana cultivan esta conciencia haciendo que los participantes reflexionen sobre sus itinerarios personales y profesionales, invitándolos a reconocer y cooperar con la acción providencial de Dios en sus vidas.

Comunidad como contexto, agente y sujeto de la formación. La formación implica una integración y una participación continua en la vida de una comunidad que porta una tradición, una disposición a vivir en asociación con otros los valores y convicciones por los cuales la comunidad existe. Las invitaciones de Dios no caen de un cielo vacío; a menudo son mediadas a través de la comunidad de personas con las que uno vive, trabaja y sirve. Cada comunidad es un espacio donde las personas se forman y contribuyen mutuamente a la propia formación por la forma en que se relacionan entre sí. "En la comunidad, los Hermanos (y por extensión, todos los lasalianos) se ayudan unos a otros a crecer humanamente y espiritualmente" (R. 81). De esta manera, la comunidad sirve como contexto y agente de formación. Las necesidades, los desafíos y las responsabilidades que surgen de los nexos de las relaciones en las cuales uno vive y trabaja son los medios ordinarios a través de los cuales Dios invita a los Hermanos y a los Seglares a crecer moral y espiritualmente. Lo que se requiere es abordar estos deberes y retos desde una postura contemplativa, con la conciencia de que cada momento ofrece una oportunidad para profundizar la comunión con Dios, atentos a lo que la caridad, la justicia y la amistad requieren de nosotros como miembros de una comunidad lasaliana. Por esta razón, las comunidades deben ver su propia formación como una permanente exigencia de vida juntos.

Dado este entendimiento de la formación como un proceso de toda la vida que se desarrolla en comunidad, es difícil hablar de la formación de una manera uniforme y prescriptiva, como si "una talla se ajustara a todos". Un enfoque alternativo es ayudar a los formandos a comprender los movimientos y etapas del proceso de desarrollo psicológico y espiritual para que puedan identificar y gestionar los retos y las tareas inherentes en cualquier etapa en la que se encuentren en un momento dado<sup>1</sup>. La tarea principal de los responsables del ministerio de la formación es ayudar a los formandos a reflexionar sobre su propia experiencia para discernir en ella las invitaciones de Dios al crecimiento y a la libertad. A través del acompañamiento, ayudan a los formandos a desarrollar las habilidades necesarias para escuchar sus propias vidas, escuchar la llamada de Dios en sus luchas y cooperar con Dios en la formación de sus vidas hacia la libertad y plenitud ejemplificadas por Cristo. Esto sugiere de parte de quienes tienen el encargo de acompañar a otros una atención y capacidad de respuesta al hecho de que las personas son únicas, a su carácter, antecedentes y situaciones de vida. Las estructuras y los programas también deben estar siempre al servicio de las personas y su desarrollo único y original.

## **7.2 Ámbitos de la Formación Lasaliana**

Si la formación es esencialmente el proceso de toda una vida para responder a las invitaciones diarias de Dios a crecer en la semejanza con Cristo por el bien de los demás, entonces el principal desafío del acompañamiento es ayudar al formando a desarrollar la capacidad de prestar atención, discernir y responder a lo que Dios está haciendo y hacerlo posible en la propia vida y en la vida del mundo. Adquirir tal actitud requiere programas de formación que integren las dimensiones teológica, contemplativa y práctica perfectamente integradas. Este artículo propone que dicha formación abarque cinco dominios, cuyo contenido permita afrontar el itinerario de la propia vida como lo hizo el Fundador.

### **7.2.1 Mirar con los Ojos de la Fe**

La Salle aportó a su itinerario vocacional la convicción de que el Dios Trino operaba en todas las cosas para la salvación de la humanidad. El modelo de formación propuesto aquí se basa

<sup>1</sup> Janet Hagberg y Robert Guelich proporcionan un "mapa" útil del itinerario espiritual en *The Critical Journey*

en esta misma convicción. "Mirar con los ojos de la fe" consiste en aprender a discernir lo que Dios está haciendo y hacer posible una participación más libre e intencional en la obra de Dios a través de la mirada sobre las realidades actuales y las experiencias cotidianas. De La Salle buscó la presencia redentora de Dios en la vida de los jóvenes torturados por la pobreza, la ignorancia y el pecado. Buscó la presencia de Dios sobre todo en momentos que parecían proclamar la ausencia de Dios en el mundo. Esto lo llevó a la acción intencional con el fin de realizar la voluntad salvadora de Dios en el mundo. Al hacerlo, descubrió que nada está fuera de la providencia de Dios y que al adherirse a la actividad providente de Dios, él y sus seguidores se convirtieron en encarnaciones de esa providencia en el mundo de los jóvenes y de los pobres.

El culmen de la disciplina en "mirar con los ojos de la fe" es la reflexión teológica. Los formandos necesitan involucrarse en esa reflexión para discernir lo que Dios está haciendo, sobre todo en las carencias y cruces de la vida de las personas. El tipo de reflexión teológica que se contempla aquí es el tipo de la realizada por el Fundador: reflexión que es *práctica, personal, crítica, mística y profética*. En su propia vida, La Salle se basó en su conocimiento del evangelio y de las realidades sociales para discernir lo que Dios estaba haciendo en las situaciones particulares. La reflexión teológica para él fue una búsqueda eminentemente *práctica* de formas de entender y responder a los diversos desafíos que surgieron en los contextos del ministerio educativo y de la vida común. Tal reflexión era necesariamente *personal* porque implicaba una búsqueda del significado de los acontecimientos a la luz tanto del mensaje cristiano como de su experiencia vivida de Dios. El aspecto *crítico* de la reflexión del Fundador puede ser visto a la vez en su esfuerzo de captar los asuntos y situaciones con claridad objetiva como en responder a dichos asuntos y situaciones de una manera consecuente con el evangelio. Su reflexión se basaba en el conocimiento *místico* de la presencia de Dios en cada situación y en la necesidad de estar abierto a la orientación de Dios. Por esta razón, la reflexión teológica no fue algo dissociado de su vida de oración. La oración movió su pensamiento teológico más allá de una consideración especulativa de asuntos hacia el discernimiento de la invitación personal de Dios para él en una situación dada. Finalmente, su reflexión dio lugar a respuestas que fueron *proféticas* en su fidelidad al carácter del Reino que él creía que Dios estaba haciendo realidad.

El objetivo de la iniciación de los lasalianos en el arte de la reflexión teológica es permitirles participar en el tipo de reflexión y discernimiento maduro que requiere la fidelidad al Evangelio en contextos siempre cambiantes. Se hace teología para descubrir la acción de Dios en la propia vida y en la vida del mundo con el fin de discernir formas apropiadas de participar en lo que Dios está haciendo y permitiendo. Vemos tal reflexión ejemplificada en las *Meditaciones del Fundador para el Tiempo de Retiro* donde el Fundador "lee" la vocación y ministerio de los Hermanos (y, por extensión, de todos aquellos que se hallan comprometidos en un ministerio similar) a la luz de la historia de la salvación para ayudar a sus seguidores a reconocer el sentido más profundo y el significado de su trabajo con los jóvenes.

En los programas de formación lasaliana, la reflexión teológica a menudo viene a través de la cooperación de los participantes en la reflexión orante sobre las realidades, problemas y luchas que enfrentan en el curso de su trabajo o en sus vidas personales. El objeto de tal reflexión es ayudarles a ver su propio itinerario personal como un itinerario con Dios, para ver sus historias a través de los ojos de la fe como un proceso para llegar a ser, cada vez más, el tipo de personas que Dios quiere que sean. Teologizar en este contexto no es un ejercicio académico; es más bien el proceso de tratar de discernir las intenciones de Dios sobre uno

mismo, sobre los demás y sobre la sociedad en general, para participar en la acción de Dios con mayor comprensión, discernimiento y libertad.

### 7.2.2 *Iniciación a la Oración*

Para los lasalianos, la identidad, el ministerio y el compañerismo están arraigados y moldeados por la experiencia de la intimidad divina que ofrece la oración. Recíprocamente, la oración es una respuesta a las bendiciones, desafíos y preguntas que surgen de los propios esfuerzos para ser fieles a uno mismo, a aquellos con quienes uno vive y a aquellos a quienes sirve. El escritor espiritual contemporáneo David Benner capta bien el lugar de la oración en el itinerario formativo: “El itinerario espiritual cristiano es la respuesta a la invitación de Dios al encuentro personal en el amor. La oración es nuestra respuesta. La oración es el lugar del encuentro. El crecimiento en la oración es crecimiento en la intimidad amorosa con Dios... Rezamos para que, a medida que nuestra atención a Dios aumenta, nuestras almas puedan ser moldeadas por la realidad de la presencia constante, amorosa y reveladora de Dios” (Benner, 2010, pp. 24, 66).

Si la formación es un diálogo continuo con un Dios que nos guía a través de los acontecimientos ordinarios de la vida, desarrollar el hábito de la oración es el medio indispensable para participar activamente en esta interacción de revelación y respuesta. Hay un gran valor en la exposición de los formandos a los diversos enfoques de oración<sup>2</sup>. Dicho esto, algunos enfoques parecen más relevantes para el modelo de formación que se estamos desarrollando aquí, porque están más en sintonía con las formas en que los lasalianos tienden a integrar sus vidas espirituales en el contexto del ministerio activo. Observamos aquí cuatro enfoques que se han convertido en elementos básicos de muchos programas de formación lasaliana:

Orar nuestras experiencias: "Orar nuestras experiencias", una expresión popularizada por el Hno. Joseph Schmidt FSC, se refiere a centrarse en las experiencias de vida de uno mismo como tema de la oración. Orar nuestras experiencias es una manera de reflexionar con Dios sobre el significado de esas experiencias, de discernir lo que Dios está "diciendo" a través de las personas, los acontecimientos, las circunstancias de la historia y de toda la creación. Su importancia para un modelo de formación espiritual que pone especial hincapié en responder a la presencia de Dios en la vida cotidiana hace que el valor de esta forma de oración resulte bastante obvio.

Practicar la Presencia de Dios: Estrechamente ligado a la oración de las propias experiencias, es la práctica de renovar regularmente la conciencia de la presencia de Dios con el objetivo de cooperar con Dios en todo lo que el momento presente requiere. Esto incluye la práctica de unir la voluntad propia a la de Dios conforme uno va realizando su trabajo y el examen de conciencia diario<sup>3</sup>.

Oración contemplativa: En sus escritos, el Fundador habla de la oración de "simple atención" que es el don de la oración contemplativa. La oración contemplativa es una de las expresiones más puras del "deseo de vivir sólo para Dios" y un poderoso medio para eliminar los apegos, las adicciones y las idolatrías del corazón humano. Es una expresión de auto

<sup>2</sup> En los *Deberes de un cristiano para con Dios*, La Salle recomienda cinco formas de oración: el silencio de simple atención (contemplación), el uso de pensamientos (meditación), el uso de sentimientos/afectos (oración afectiva), orar las propias acciones y la oración del sufrimiento (Deberes, 227).

<sup>3</sup> No confundir con el examen de conciencia, el examen de conciencia se refiere a revisar cómo Dios ha estado presente en nuestras vidas y en la calidad de nuestra atención.

abandono a Dios y un medio para crecer en este espíritu. Como tal, es un poderoso apoyo para el crecimiento de la libertad interior.

Orar con la Sagrada Escritura: Uno de los principales medios para nutrir el espíritu de fe es el compromiso de oración con las Sagradas Escrituras. Orar la Sagrada Escritura mueve a uno a ir más allá de un compromiso intelectual con el texto, hacia un encuentro personal con el Señor Resucitado que nos abre las riquezas de su mente y su corazón. Los cuatro movimientos de la *lectio divina* (atención, reflexión, respuesta/resolución, actuación) ofrecen un acercamiento holístico a la oración con las Escrituras. Su equivalente en la tradición lasaliana es la práctica de la oración interior que se despliega en tres movimientos: atender a la presencia de Dios, discernir la invitación personal de Dios en las Escrituras y responder a las aspiraciones del Espíritu. Tal vez los dos enfoques difieren en que el Fundador tiende a dar mayor énfasis a la praxis que fluye de la oración. Esto se debe a la naturaleza ministerial de la vocación de los Hermanos y a la preocupación de La Salle de que la práctica educativa sea orientada y moldeada por el espíritu del evangelio.

### 7.2.3 Formación en Libertad / Formación Moral

Vivir de acuerdo con el designio de Dios es vivir como seres humanos creados de forma única que prosperan en y por medio de la reciprocidad amorosa con Dios y de unos con otros. La capacidad de una persona para actualizar este objetivo es lo que se entiende por libertad. Para los cristianos, el designio de Dios para la humanidad se realiza plenamente en Cristo y así el modelo de vida y el carácter de Cristo constituyen la forma cristiana de la libertad. Como escribe Paul Wadell:

*Los cristianos aprenden de Jesús lo que significa ser libres. . . Jesús nos muestra que la verdadera libertad no se encuentra en la autopromoción o excesiva autoestima, y mucho menos en la búsqueda libre de deseos no controlados, sino en la humildad, el servicio, la compasión y el amor. . . Como discípulos de Jesús, los cristianos descubren que la verdadera libertad se logra, no cuando somos soberanos de nuestras propias vidas, calculando cuidadosamente todo lo que hacemos, sino cuando damos de nosotros mismos por el bien de los demás. Siguiendo el camino de Jesús, los cristianos aprenden que la libertad llega, no cuando no estamos sometidos a nadie, sino cuando somos siervos de los buenos, de personas que se gastan generosamente y a menudo se sacrifican por el bien de otros. (Wadell, 2012, página 142)*

Para los lasalianos, la libertad auténtica toma la forma de abrazar activamente la voluntad de Dios al descubrirla en las necesidades y deberes del momento presente. Sin embargo, esta libertad no se logra rápida ni fácilmente. A menudo está amenazada desde adentro por el empañamiento del intelecto, la disipación de la voluntad y el estado desordenado de los propios deseos y afectos. Puede verse disminuida por una pobre educación, por las adicciones, o por los miedos que impiden la capacidad de tomar decisiones sabias y afectuosas. En realidad, ninguno de nosotros nace libre; llegar a ser libre es el trabajo exigente de toda una vida. Al igual que la habilidad que uno adquiere para dominar el ajedrez o convertirse en un pianista de conciertos, la habilidad para discernir lo bueno y actualizarlo necesita ser desarrollada a través de la educación y de la práctica.

El teólogo dominico Servais Pinckaers señala que la libertad está arraigada en la operación conjunta de la razón y de la voluntad trabajando juntas para discernir el bien y actuar sobre él. (Pinckaers, 2001, página 68). Está animada por nuestras inclinaciones naturales a la bondad, la verdad, el ser, la asociación y la procreación. (Pinckaers, páginas 96-108). Estas inclinaciones, embrionarias y no formadas en la infancia, necesitan ser protegidas, cultivadas

y dirigidas hacia los bienes auténticos que las perfeccionan. Desarrolladas y formadas apropiadamente, las inclinaciones naturales llegan a ser expresadas como virtudes - disposiciones para pensar y actuar con excelencia en las diversas áreas de nuestras vidas. El cultivo de la virtud es la tarea de la formación moral en libertad.

Dado que la capacidad para la libertad depende de la calidad del carácter, el enfoque de la formación moral más adecuado para desarrollar esta capacidad es una ética de la virtud que se centra en tres preguntas importantes:

1) *¿Quién soy yo?*

Esta primera pregunta hace que el formando se centre en la tarea de cultivar la autoconciencia. La formación en la libertad comienza con el conocimiento y la comprensión del carácter, las necesidades y los anhelos, los dones y las limitaciones, las motivaciones y las áreas de falta de libertad. Algunos conocimientos de psicología (desarrollo humano, teoría de la personalidad, etc.) pueden ser útiles para comprender la dinámica de la vida interior.

2) *¿Qué clase de persona debo ser?*

Esta pregunta nos lleva a reflexionar sobre las virtudes y actitudes que uno desea cultivar. La belleza que vemos reflejada en el carácter de hombres y mujeres virtuosos nos hace anhelar ser mejores de lo que somos. Los cristianos son personas que se han enamorado de la belleza que ven irradiar de la persona de Jesús. Al mirar a Jesús en su ministerio y sus relaciones, los futuros discípulos descubren las virtudes que necesitan cultivar.

3) *¿Qué debo hacer para llegar a ser el tipo de persona que quiero ser?*

En esta tercera pregunta uno se cuestiona cómo actuar para clausurar la brecha entre el tipo de persona que uno es y el tipo de persona que uno desea ser. Los actos humanos son los pasos que se toman para avanzar hacia el auto-ideal imaginado. El carácter se moldea hacia la virtud a través de la práctica constante de actos correctos que encarnan la visión del tipo de persona que uno quiere ser. Las preguntas que deben formularse en este momento son "¿Qué debo hacer para llegar a ser cada vez más la persona que Cristo quiere que yo sea?" O "¿Qué clase de persona llegaré a ser si decido hacer tal o cual cosa?"

Abordar estas tres preguntas significa ocuparse del carácter y de la calidad de nuestras acciones e interacciones cotidianas. Debido a que nos convertimos en lo que hacemos, los formandos deben tener la oportunidad de participar en actos de servicio y de reflexionar sobre la calidad de la actuación y la motivación que aportan a lo que emprendan. Las buenas intenciones encarnadas en buenos actos le forman a uno en la virtud, mientras que los actos defectuosos en la ejecución o la motivación conducen al vicio y a la desintegración moral. Ayudar a los formandos a darse cuenta de lo que está en juego en sus decisiones y acciones les permite asumir una mayor responsabilidad hacia su propia formación. Prácticas como el examen diario (en sus diferentes variaciones) o el llevar un diario pueden ser de ayuda en el desarrollo de la atención plena y la auto-posesión con respecto a la dinámica permanente de la propia vocación y del desarrollo personal.

#### 7.2.4 *Formación para la Asociación y la Amistad*

El estado de nuestras vidas espirituales se expresa de manera más visible en nuestras relaciones cotidianas, en cómo nos asociamos unos con otros. En la experiencia lasaliana,



típicamente, las personas tienden a asociarse entre sí mediante su participación en algún trabajo o proyecto lasaliano. En el curso de su trabajo, algunos llegan a ser conscientes de una llamada interna para ir más allá de un nivel meramente profesional de compromiso hacia algo más relacionado con la búsqueda de un proyecto y significado. La exposición al carisma lasaliano y el testimonio de quienes lo viven con integridad y alegría a menudo confirma las mejores características de su experiencia de servicio, profundiza su significado y les proporciona apoyo, sabiduría y guía. De esta manera y en el curso de su participación en una comunidad lasaliana, los caminos del trabajo y del servicio se unen en una búsqueda vocacional. Para algunos, esta búsqueda toma la forma de reivindicar la vocación lasaliana y el carisma como propios. Otros optan por hacerlo principalmente en el contexto del trabajo, mientras que otros más lo hacen a través de la consagración en una forma intencionalmente estructurada de la vida. La asociación lasaliana entonces se entiende mejor como un itinerario vocacional emprendido en compañía de compañeros en la misión que buscan responder al llamado de Dios, amarlo y servirlo en los otros mediante la tarea de la educación humana y cristiana. A través del servicio y la amistad espiritual, la asociación transforma cada vez más a las personas lasalianas en personas cuyas vidas son moldeadas por el amor y la compasión de Cristo, especialmente para con los jóvenes y los pobres.

### *Amistad y Asociación en la Misión*

El concepto de asociación lasaliana podría beneficiarse de la renovada apreciación de la amistad que está emergiendo en los círculos teológicos. La amistad es el amor que surge entre los que se preocupan por los mismos bienes / objetivos y cuya búsqueda de dichos bienes / objetivos actuando juntos profundiza la comunión que comparten como amigos. Se caracteriza por la *benevolencia* - una preocupación activa por el bien del otro, una reciprocidad de cuidado y preocupación que fomenta una cultura de solidaridad entre amigos y *un llamado a ser mejores de lo que somos* al inducirnos en la práctica de las virtudes que las relaciones sanas y estables requieren para florecer.

En la tradición espiritual cristiana, la amistad es una escuela de amor y virtud. Agustín creía que los amigos eran regalos de Dios incorporados a la propia vida para que, a través de sus vínculos de cuidado y preocupación mutuos, pudieran experimentar el amor de Dios y formarse en él. Del mismo modo, el abad Cisterciense Aelred de Rievaulx (d. 1167) identificó el amor de Cristo y el deseo de crecer en Cristo como el centro unificador de amistades espirituales. Para Aelred, el apoyo mutuo en el amor y el seguimiento de Cristo fue la actividad principal en la que consistieron las mejores amistades. Tomás de Aquino (1274) optó por describir la relación de Dios y los seres humanos en términos de amistad. La caridad -la principal virtud de la vida cristiana- es esencialmente una amistad con Dios que mueve a las personas a expandir el círculo de su amor para incluir a todos aquellos a quienes Dios ama.

Es cierto que el mismo La Salle apenas habla de amistad de manera significativa. Y sin embargo, para muchos lasalianos hoy en día, las buenas amistades centradas en apoyarse mutuamente en el itinerario vocacional de cada uno son fuente de alegría y señal de salud y vitalidad en las comunidades educativas y ministeriales. ¿Qué podemos ganar en el mundo lasaliano al pensar en la asociación para la misión como una forma de amistad? Tal vez eso evite que la asociación para la misión degenere en un modo de colaboración puramente funcional o utilitario, resaltando los lazos de mutua preocupación y corresponsabilidad por el bienestar y la santificación de los otros implícitos en la experiencia fundacional de asociación en el Instituto. Los Hermanos y los asociados están allí tanto para servir a los demás como para apoyarse mutuamente en su itinerario formativo. La amistad nos lleva a considerar los

lazos que existen entre las personas cuyo compromiso no es sólo para la misión, sino de unos para con otros. Nos invita a considerar cómo podemos ayudar a aquellos con quienes nos asociamos a crecer en el amor de Dios y a los demás para su propio bien y el bien de aquellos a quienes servimos. La realización de la misión es simultáneamente un camino hacia la santificación. Lo cual resulta más fácil en compañía de amigos que se ayudan y se apoyan mutuamente a través del diálogo, el discernimiento comunitario, la colaboración, el testimonio, el compartir la fe, la presencia afectuosa y la oración.

La idea de la amistad con Dios también tiene implicaciones importantes sobre cómo llevamos a cabo nuestro ministerio. La amistad con Dios convoca a las personas a ir más allá de sus diferencias y preferencias personales para amar y servir a los demás simplemente porque Dios los ama. Convoca además a los lasalianos, donde sea posible, a construir amistades con los que sirven, contrarrestando así las tendencias hacia el paternalismo y la objetivación que caracterizan muchas relaciones de ayuda. Extender la amistad a los que servimos honra su dignidad innata que a menudo se pasa por alto cuando uno los trata simplemente como víctimas, casos problemáticos o clientes. Construir amistades con tales ministros permite que los que estén recibiendo correspondan de manera proporcional lo cual realza su autoestima y construye una cultura de la amistad y la solidaridad que favorece la búsqueda de fines comunes.

En una familia mundial que abarca diferentes culturas, razas, clases y religiones, es importante que todos los lasalianos se formen en el tipo de amistad y solidaridad inclusivas que les permita servir a los marginados y apoyarse mutuamente en sus diversos, pero en definitiva, convergentes, caminos hacia la santidad. Esto incluye la formación de relaciones interpersonales sanas, de escucha y diálogo, de discernimiento grupal, de sensibilidad cultural y religiosa, de gestión y resolución de conflictos, así como de inmersión en las buenas prácticas de amistad comunitaria, de oración común y de compromiso apostólico. Este trabajo propone que el desafío de la formación en amistad y asociación consista en el reto de: a) aprender a vivir como amigos en comunidad aprendiendo las habilidades y virtudes necesarias para apoyarse mutuamente en el camino vocacional; b) aprender a construir amistades inclusivas con aquellos con los que servimos y nos involucramos más allá de la comunidad; c) profundizar la amistad con Dios que nos permite hacer bien los puntos a y b.

### *7.2.5 Formación en Solidaridad y Cuidado del Mundo*

La orientación al servicio del bien común y participar en la solidaridad efectiva con los necesitados es el aspecto "para los otros" de la formación lasaliana. La formación efectiva debe implicar la ayuda a los formandos a adquirir la pericia y la confianza necesarias para hacer contribuciones positivas al bien común en cualquier profesión o campo de servicio en el que participen. Esto implica la integración de los principios sociales católicos (promoción de la dignidad humana, el bien común, la subsidiariedad, la solidaridad, la administración y la opción preferencial por los pobres) en el día a día, especialmente en el ámbito de la vida laboral y profesional. La formación para el servicio a los demás consiste en ayudar a los formandos a pensar críticamente, a situar los problemas particulares que enfrentan dentro de un marco social e histórico más amplio, a analizar las fuerzas sociales, económicas o culturales que afectan a su ministerio y a formular respuestas apropiadas guiadas por la experiencia práctica, los valores del Evangelio y la tradición social católica. Muchos programas lasalianos de aprendizaje de servicio y formación de voluntarios emplean el proceso VER-JUZGAR-ACTUAR y/o el Círculo Pastoral para reflexionar sobre temas sociales con el fin de hacer intervenciones apropiadas.

Juan Pablo II observó en *Laborem Exercens* (1981) que el trabajo es la clave de la cuestión social. La visión católica del trabajo considera que el objetivo del trabajo es tanto el servicio al bien común como el permitir que los que participan en él crezcan moral y espiritualmente a través del trabajo que realizan. El hecho de que muchos consideren esto una afirmación asombrosa muestra el grado en que las personas se han alejado de los fines naturales del trabajo por el fetichismo del lucro. La formación que enfatiza el cuidado del mundo necesita proponer una vez más una visión cristiana del trabajo como colaboración con Dios en la construcción de una solidaridad universal que refleje el amor, la misericordia y la justicia del reino de Dios. A menos que se haga esto, el compromiso con la justicia, la paz y la integridad de la creación seguirá siendo una reflexión tardía más que una fuerza de guía en las actividades cotidianas que dan forma a la sociedad.

### *Los Pobres: Nuestra Zarza Ardiente*

Los pobres -aquellos cuya dignidad y derechos son a menudo descuidados o violados- tienen un significado especial para los lasalianos: es a través de su angustia como Dios habla a los lasalianos de la manera más inequívoca. Para los lasalianos, la medida moral y espiritual de una sociedad está en cómo trata a los pobres y a los impotentes, los más vulnerables de los cuales a menudo son niños. Por esta razón, la Regla describe el itinerario formativo del Fundador y de aquellos que lo seguirían como una "conversión progresiva al Dios de los Pobres". Tal conversión significa juzgar las realidades en términos de su impacto en las vidas de los pobres. Implica distanciarse de las actitudes, valores y estructuras que perpetúan situaciones opresivas e injustas. Este desafío es especialmente importante en situaciones donde la adecuación de los medios ciega a las personas hacia la opresión y hunde sus raíces en la ignorancia y en los desordenados apegos de sus propios corazones. La conversión implica buscar el verdadero rostro de Dios que emerge cuando comenzamos a relacionarnos con los pobres, no como estadísticas, casos, víctimas o amenazas, sino como personas que Dios trae a nuestras vidas para educarnos en los caminos del amor evangélico.

La formación en el cuidado del mundo comienza con un compromiso regular en prácticas y proyectos que fomenten la solidaridad con los pobres y los marginados. Idealmente, este compromiso involucra la construcción de amistades con personas y comunidades en riesgo. Las amistades con aquellos a quienes servimos dan a los pobres y a los que tienen necesidades especiales la oportunidad de corresponder en formas que relativizan la distinción entre dador y receptor y contribuyen a la mejora mutua de la personalidad. "Nadie es tan pobre que no tenga nada que dar, ni tan rico que no tenga nada que recibir". El objetivo del servicio no es perpetuar la relación benefactor-cliente, sino avanzar hacia la igualdad y la mutualidad en la búsqueda de la bien común.

### **7.3 Conclusión: El Relato del Fundador, un Paradigma de Integración**

Un paradigma es una construcción imaginativa que encarna el patrón constitutivo de una realidad más compleja o menos accesible. La realidad que se examina en este documento ha sido el itinerario evangélico de Juan Bautista de La Salle. La utilidad de un paradigma es que nos permite captar y recrear el patrón constitutivo de la experiencia espiritual de La Salle en nuestro tiempo y lugar. El enfoque adoptado en este trabajo ha sido ver la forma de La Salle de integrar su vida espiritual como un paradigma para aquellos que buscan seguir sus pasos.

Para La Salle, la fe era ante todo una manera de ver el mundo en relación con Dios. Mediante la fe, el Fundador reflexionó sobre sus relaciones con personas, acontecimientos, lugares y cosas y se basó en el mensaje del Evangelio y en su experiencia de fe para discernir la

voluntad de Dios para él y para los primeros Hermanos. Esta **reflexión teológica** a menudo tuvo lugar en el contexto de **la contemplación y la oración de sus experiencias**. Responder a los desafíos de la fidelidad a las invitaciones de Dios en las necesidades de los jóvenes empobrecidos y abandonados lo desafió a niveles más profundos de conversión, **libertad interior y virtud** que a su vez le permitieron actuar más eficazmente en el mundo de los pobres. Ver con los ojos de la fe también llevó al Fundador y a sus discípulos a hacer todas las cosas con vistas a realizar la voluntad de Dios en el mundo a través de **actos concretos de solidaridad y servicio** moldeados por el evangelio. Además, lo llevó a asociarse con hombres que antes consideraba "inferiores a su criado" y a no verlos como inferiores sociales, sino como hermanos a los que estaba vinculado por una misión común, lazos de fe y **amistad espiritual**. Como Fundador y padre espiritual, acompañó a sus discípulos en su itinerario vocacional y trató de enseñarles a caminar unos con otros como compañeros en un itinerario de fe, apoyándose mutuamente y portando entre todos las cargas a sobrellevar. Así, en la narrativa de su vida, podemos ver cómo los cinco dominios se unen en una síntesis viva de fe, servicio y comunión en la misión. Esta síntesis, a su vez, sugiere la visión hacia la cual un programa de formación lasaliana, creativamente fiel a la experiencia espiritual del Fundador, podría estar guiando a los lasalianos.

Este artículo ha propuesto un paradigma para la formación basado en el itinerario evangélico del Fundador. Ha sugerido que en vez de pensar en la formación como una serie de cursos, se debe considerar la vida como un proceso de formación permanente, con Dios como el "formador" principal que conduce al formando a través de las necesidades y desafíos de la vida cotidiana, invitándole a crecer colaborando en el plan de salvación de Dios. Ayudar a desarrollar las capacidades y a asumir la responsabilidad del propio itinerario formativo, ése es el objetivo de los programas de guía y acompañamiento espiritual. Los elementos que entran en tal programa se han organizado en cinco dominios interrelacionados que, tomados como un todo integrado, permiten ver con los ojos de la fe y responder libre y fielmente a Dios en los contextos del ministerio y de la vida comunitaria. Por último, este trabajo sugiere que un énfasis en la fidelidad creativa al camino del Fundador implica tomar su ejemplo como paradigma para integrar las diferentes dimensiones de la propia vocación y vida espiritual. Se necesitaría un trabajo más especializado para desarrollar lo que un programa construido sobre estas directrices podría implicar, pero eso está más allá del alcance de este trabajo.